

1

Tras largos años de paz en el interior de las Montañas, la situación puede cambiar para dar paso a una época temible y oscura, bajo el dominio de los Dampas.

El príncipe Adop, deseoso de poder, convocó a las dos tribus cercanas de Tierra Negra. El primero en llegar ante la llamada del poderoso príncipe fue el jefe Namu, que tras presentar sus respetos a Adop, quiso saber para qué lo reclamaba.

—Todo a su tiempo —señaló el príncipe—. Cuando llegue Eling os lo explicaré.

A Namu no le gustó tener que esperar a Eling, jefe de los Doimos. La enemistad entre ambos era evidente y estaba llena de rivalidad. Adop conocía sus desavenencias, por eso los había citado en su reino, quería que unieran su fuerza contra Idalia, Reina Dorada de los Kores.

«Ya es hora de que se enfrenten a rivales de verdad, pensó al ver llegar a Eling, que miró agríamente a su vecino de la familia de los Sagans.»

—Mi príncipe —saludó inclinando la cabeza, ignorando a Namu—. ¿En qué puedo seros útil?

Adop sonrió. Eso era lo que pretendía, que le fueran útiles. Miró a ambos con dureza. Quería tenerlos a su merced desde el primer momento, sin darles tiempo a pensar. Mantuvo firme la mirada sobre ellos y sin más preámbulos expuso sus deseos.

—Ha llegado nuestra hora —dijo con voz potente—. Si unimos nuestras fuerzas venceremos el poder de la Reina Dorada. La apartaremos a ella y a los sabios de la Gran Montaña, y destruiremos al Epop...

Al oír hablar de enfrentarse a la reina y destruir al Epop, los dos jefes se inquietaron. La reina contaba con el poder de los sabios Kendos, temidos y respetados por su poderosa magia.

— Perdonad, mi señor... — dijo Eling —, pero será muy difícil atacar la Gran Montaña, estará protegida por los sabios y por los guerreros Kores de la reina, será imposible acercarnos a ellos — Adop lo miró furioso, no le gustó la interrupción, ni tampoco que Namu asintiera dando muestras de apoyo—. Los guerreros Kores unidos a los hechizos de los sabios impedirán cualquier acercamiento, y si como es previsible se unen a ellos también los Provans y los Tindals, no creo que podamos vencer.

— Veo que tantos años de comodidad os han acobardado — censuró el príncipe, entrecerrando los ojos mientras hablaba—. ¿Desde cuándo los jefes de Tierra Negra tienen tanto miedo a los rivales?

— No es miedo, mi señor — contestó Namu —, pero si se unen a la reina... habrá bajas.

— ¡Dejaos de peros! — gritó con aspereza Adop—. Claro que habrá bajas, peones insignificantes agradecidos de entregar su vida a cambio de nuestro beneficio. Debemos aprovechar las circunstancias tan favorables que tenemos en estos momentos. La vida del Epoc se está agotando, y si mi información es acertada, está a punto de morir. Eso es lo que os tiene que importar, no las bajas, ni quién se una a la Reina Dorada.

— Si muere el Epoc, escogerán, como siempre han hecho, a un nuevo Elegido — dijo Namu.

— Será inexperto y vulnerable, será fácil destruirlo y quitarle el Símbolo — Adop frunció el ceño, alternando la mirada entre los dos hombres para dar veracidad a sus palabras—. Nada por lo que debemos preocuparnos.

Por primera vez desde su encuentro, los jefes cruzaron la mirada entre ellos. No sabían qué decidir. Contradecir a Adop era peligroso, el reflejo perverso que desprendían sus oscuros ojos así lo auguraba.

— ¿Estáis conmigo, o queréis quedaos ahí quietos, sentados y mirando con recelo como dos conejos asustados?

— Está bien — dijo Eling—. Estoy a vuestra disposición.

— Yo también... — dijo Namu sin demasiada convicción.

Adop percibió sus dudas, pero no le importó, porque los tenía donde quería.

«De momento, con eso me basta, pensó sonriendo entre dientes. El Epoc desaparecerá y el Símbolo será mío.»

Poco antes de cumplir los veintidós años y gracias a su humanidad, nobleza y gran respeto hacia todos los seres de la naturaleza, Nuria había sido elegida por el consejo de sabios, la nueva Epoc. Han pasado más de sesenta años y desde entonces ha dedicado su vida a proteger el secreto del Santuario de

Nuestra Señora de Montserrat y a guardar celosamente el Símbolo entregado por la reina y el consejo de sabios.

Ahora la longeva mujer se siente cansada y enferma. Las fuerzas la han abandonado. Sus visitas al Santuario para encontrarse con los sabios han sido escasas y en el último año y medio inexistentes. Los sabios saben que la anciana morirá dentro de treinta y nueve días. El día exacto de su muerte es un secreto sólo conocido por la reina y los diez sabios, que ven con gran preocupación cómo con ella se acaba el tiempo de paz. Y que, de no encontrar al humano sustituto, el príncipe Adop tendrá las fuerzas a su favor para derrotar el poder de la luz y dar paso a la oscuridad, donde los poderes se invertirán y el caos poblará la Tierra.

Con mucha preocupación los sabios han notado cómo la esfera que la Virgen Negra sostiene en la mano derecha empieza a girar. Su movimiento es imperceptible para el ojo humano, pero no para la sabia Oteas, responsable del control y estudio de los Símbolos que La Virgen y El Niño protegen. El Símbolo que custodia el Epoc es el eje central de La Piña Sagrada que El Niño muestra al Mundo. En el fatídico caso de que La Piña se abriera, solo El Símbolo y el poder unido del bien la podría cerrar, evitando que la oscuridad sometiera al Mundo.

La Reina Dorada de los Kores, Idalia, conoce bien la codicia de Adop y el juego sucio que emplea para hacerse con el dominio en el interior de la Gran Montaña. La joven reina ha reunido con urgencia a su corte de sabios, quería aparentar entereza y entró en la sala circular erguida. Llevaba un vestido azul hasta los pies y el pelo largo y negro con dos mechones dorados recogidos en una trenza que le caía por la espada, resaltando su belleza. Mantenía la esperanza de que durante la fiesta de Santa María de Montserrat, apareciera entre los asistentes a la celebración un nuevo Epoc. Pero como pudo comprobar, ni una semana antes, ni tampoco una semana después del día de Nuestra Señora, los sabios percibieron entre los visitantes a nadie con las características necesarias para ser el Elegido.

— Nuestra situación es crítica — dijo la joven reina mirando con preocupación al consejo reunido ante ella; el color de sus ojos era de un inconfundible dorado intenso y por ellos recibía el sobrenombre de Reina Dorada. Sus felinas pupilas negras y verticales en estos momentos reflejaban intranquilidad —. El tiempo se agota y debemos encontrar con urgencia un nuevo Epoc.

— Mi señora — dijo Zulem, el más anciano de los sabios —, cada generación que pasa es más difícil encontrar a un Elegido entre los humanos. Los rasgos de humildad escasean.

— En cada década los humanos son más inestables y se acercan más al abismo — añadió el estricto sabio Zoval —. Están perdiendo todos los valores. Mi señora, me temo que va a ser imposible nombrar a un sucesor antes de que fallezca la Epoc.

— Mientras quedé una posibilidad, por pequeña que ésta sea, debemos seguir buscando. Nuestro deber es encontrar a un nuevo Elegido — dijo la reina, ansiando ocultar su temor.

— Sí, mi señora. Ese es nuestro deber — replicó de nuevo Zoval —, pero cada vez visitan el Monasterio más humanos cercanos al lado oscuro. Como he dicho antes, parece que han perdido los valores. El Mundo ha cambiado y los humanos también.

— Pero no todos — dijo el joven aprendiz, Asoru —. Me consta — dijo levantando todo lo que pudo la cabeza para cruzar su mirada con la reina, mucho más alta que los pequeños Kendos — que hay muchos humanos que sí tienen valores.

— ¿Cómo sabéis eso? — preguntó con curiosidad la sabia Itasmia.

— Los llevo observando desde hace tiempo y sé que es así — se limitó a contestar Asoru.

— Nosotros no hemos detectado en los humanos más que cambios negativos ¿De dónde sacáis que tienen valores? — preguntó también Zoval —. Contad... ¿cómo los habéis observado?

Cuando un sabio recibía una pregunta directa de otro sabio, estaba obligado a contestar y a decir la verdad. Si mentía, el castigo era la expulsión inmediata del consejo y la retirada total de los poderes otorgados.

Asoru, debido a su corta edad, todavía era poseedor de pocos de esos poderes. Sólo el anciano Zulem, junto con Zoval, Sotelo y la sabia Oteas, los poseían en su totalidad. Los demás los adquirirían a medida que asimilaban los arcanos conocimientos que les transmitían.

El aprendiz les miró y titubeó antes de contestar. Seguidamente miró a Zoval y tras unos segundos de vacilación, le dijo, como no podía ser de otra forma, la verdad:

— He salido y los he visto.

Un murmullo general de asombro llenó la sala.

— ¿Qué...? ¿Adónde habéis salido? ¿Cuándo...? — preguntó la reina.

Asoru suspiró. Intuía los problemas que iba a tener tras contar su secreto, pero no podía seguir ocultándolo por más tiempo. Había llegado el momento de sincerarse con sus mayores y explicar ante ellos la peligrosa situación que tan celosamente guardaba, aun temiendo que el castigo podía ser la destitución del consejo, al que tanto ansiaba pertenecer.

Asoru bajó la mirada al suelo, se movió nervioso y de nuevo suspiró profundamente antes de contestar que había estado en el exterior de la Gran Montaña.

—Perdonad, mi señora —se disculpó—. Llevo muchos días saliendo a escondidas.

El movimiento de desconcierto fue palpable entre los asistentes. Todos se miraron incrédulos ante la revelación del joven aprendiz.

—¡Nos habéis puesto en peligro! —dijo asustada la reina, entre los murmullos que iban subiendo de tono entre los miembros del consejo.

—Mi señora, yo también le he acompañado y no hay peligro, no ha pasado nada —dijo Eipol, compañero inseparable de Asoru.

—¿Cómo habéis podido traicionar nuestras leyes? —preguntó la sabia Oteas—. Sabéis que está terminantemente prohibido salir fuera de la protección de la Montaña, con el contacto exterior vuestra salud puede peligrar.

Entre las principales leyes de los seres del interior estaba la prohibición de salir de sus Tierras. Siempre se había creído que el aire exterior, entre otras enfermedades, les haría perder la cordura. Era un riesgo que ningún habitante del interior debía correr, y mucho menos un Kendo, con su pequeño cuerpo de menos de cuarenta y cinco centímetros de estatura.

Como todos los Kendos, Asoru tenía los ojos redondos y verdes, y también como ellos, sus facciones eran afables y expresivas.

—Pero... —protestó Asoru mirando a la reina, deseando disculparse.

—Silencio —ordenó esta—. Los dos habéis puesto en peligro a los habitantes de las Montañas.

—Era el único modo de saber qué está pasando —se defendió Asoru—. Los humanos están cambiando.

El consejo miraba al joven. No sabían cómo valorar su osadía.

La sabia Itasmia quería saber más de la aventura de los dos pequeños, así que no pudo contener su curiosidad y preguntó si era verdad que habían salido fuera.

—Muchas veces —contestó Asoru, apoyado por Eipol, que asentía—. Hemos estado fuera y no ha pasado nada.

—Quisiera saber cómo habéis salido —siguió preguntando Itasmia.

—Pues veréis... —respondió Asoru—. ¿Recordáis los desprendimientos de la Montaña de hace unos meses? Pues una mañana, cuando salía de mi celda, vi por casualidad un destello de luz que entraba por un rincón en una de las galerías del ala norte. Deduje que no era normal que entrara luz en la gruta y